

Rosalva Loreto López, *Los conventos femeninos y el mundo urbano de la Puebla de los Ángeles del siglo XVIII*, México, El Colegio de México, 2000, 332 p., ilustraciones, cuadros, e índices.

El tema de las órdenes religiosas femeninas es relativamente reciente en la historiografía mexicana. Fue hace apenas un poco más de cincuenta años, cuando apareció la primera obra histórica sobre este asunto: *Conventos de Monjas en la Nueva España* (México, 1946) de Josefina Muriel, pionera en estos estudios. A partir de ese trabajo se ha incursionado en varios aspectos de la vida conventual femenina, como la educación, la economía, el arte, la vida cotidiana y algunos fenómenos místico-religiosos de las monjas. Gracias a esos estudios se tiene ahora una visión más cercana a la vida religiosa femenina y se ha llegado a la conclusión de que la vida enclaustrada de las monjas no se puede comprender sin introducirse en la amplia red de conexiones que tenían sus monasterios con los centros urbanos en los que se fundaron y alrededor de los cuales se desarrollaron.

El libro de Rosalva Loreto López que aquí se reseña viene a fortalecer esta visión todavía un tanto dispersa en artículos y trabajos monográficos. La doctora Loreto López escoge un medio urbano específico, la ciudad de Puebla, y un período determinado, 1680 a 1800, para estudiar no sólo la vida cotidiana de las monjas, sino

sobre todo la función social y urbana de sus monasterios en esa ciudad. A través de las cuatro partes en que está dividida la obra, se van analizando las relaciones de esos monasterios con la vida urbana, la vida cotidiana de las monjas y las tensiones y cambios del siglo XVIII, la conexión entre las familias poblanas y la religiosidad monacal, y el papel de los conventos dentro del sistema devocional urbano.

La primera parte, “Los conventos de mujeres y la vida urbana en el siglo XVIII”, está orientada a dar un marco histórico a los monasterios que se estudian. Así, aunque el período central de este libro es el siglo XVIII, cuando la vida religiosa femenina llevaba más de un siglo en la ciudad de Puebla, los primeros capítulos están dedicados a señalar los orígenes de las primeras construcciones monacales, la evolución arquitectónica de éstas y sobre todo la ubicación de esos monasterios dentro de la traza antigua de la ciudad. Se descubre, en esta forma, la estrecha relación que tuvieron esas construcciones con la ruta conductora del agua en Puebla, hecho que convirtió a los monasterios en surtidores de este elemento en el vecindario durante una época en la que la población contaba con accesos sumamente limitados al agua. Estas relaciones, junto con las concernientes a la limpieza e higiene de sus contornos, representa un aspecto de los monasterios poco explorado todavía dentro de la historia urbana de nuestras ciudades. Cierra esta primera parte la fundación del convento de Santa Rosa en 1683, que representa un ejemplo interesante de los procesos eclesiásticos y civiles que implicaba el establecimiento de estas instituciones religiosas en el siglo XVII.

La segunda parte está dedicada al estudio de la vida cotidiana de las monjas, tema que recibe un tratamiento detallado e interesante gracias a la abundante documentación que se generó con motivo del empeño de los obispos ilustrados del siglo XVIII de imponer modelos de observancia religiosa de acuerdo con la mentalidad, un tanto esquemática, de la época sobre la vida religiosa femenina. A través de un recorrido por los espacios de los monasterios, templo, sacristía, coro, patios, comedor, droguería, claustros y portería, el libro nos introduce en la vida diaria de las monjas, desde su toma de hábito hasta su muerte, incluyendo recreaciones, fiestas, procesiones internas y cuidado de los enfermos. En este recorrido conventual, las reglas monásticas adquieren vida, al menos hasta

llegar al tema de los votos religiosos que parecen bastante desubicados del espacio en el que se les estudia. El libro los presenta en el apartado sobre la clausura, portería y habitaciones. Valdría la pena señalar que los votos religiosos son un elemento tardío dentro de la historia de las órdenes religiosas. La vida claustral femenina existió muchos siglos antes de que el Papado exigiera la profesión religiosa bajo los tres votos de pobreza, obediencia y castidad. A esto obedece que su práctica, por ejemplo, la pobreza, revista tantas variables de acuerdo con los monasterios de que se trate. Para explicar este tema, más que el espacio monacal, es necesario adentrarse en la historia institucional de las órdenes femeninas, tema sobre el que poco, por no decir casi nada, se ha trabajado en México. En el caso de Puebla se podría señalar, por ejemplo, que las Concepcionistas, aunque admiradoras de San Francisco, como aparece en su antigua regla, nunca tomaron la pobreza como ideal. En cambio, los monasterios procedentes de movimientos reformistas, como las Carmelitas descalzas, provenientes de la reforma de Santa Teresa, o las Agustinas recoletas, envueltas en un movimiento semejante en España, siguieron normas muy estrictas en su observancia. En México se ha generalizado la designación de monjas calzadas y descalzas para designar lo estricto de esa observancia. A los historiadores nos conviene usar los nombres propios de las instituciones, aclarando el significado de los subtítulos, descalzas, recoletas, urbanianas.

La tercera parte, “Las familias y la religiosidad monacal,” ofrece singulares aportaciones sobre la vida religiosa femenina en Puebla. El texto, enriquecido con datos y cuadros gráficos muy bien logrados, nos hace ver el desarrollo de la población monacal, el monto de los bienes de los monasterios, el crecimiento de sus propiedades urbanas, el aumento o declive de las profesiones religiosas, la expectativa de vida en las monjas y las conexiones entre algunos de los grupos de la elite urbana con grupos de monjas. Estos últimos datos nos hacen apreciar mejor la relación entre las familias y la religiosidad monacal. Un acercamiento todavía más preciso a este tema lo encontramos en la sección en la que se estudian los antecedentes sociales de algunas monjas de Santa Rosa. El capítulo, aunque breve, examina las familias de nueve monjas, es muy ilustrativo y además muy bien documentado gracias a las informaciones sobre “limpieza de sangre” que habían empezado a aparecer en las

órdenes religiosas masculinas desde fines del siglo XVI y que para el XVIII se habían extendido también a los monasterios de monjas. La riqueza conventual, también incluida en este apartado, queda bien señalada con el estudio de los monasterios de la Concepción y Santa Catalina, al parecer los más ricos del siglo XVIII, ambos fundados bajo reglas no reformistas.

En la cuarta parte de este libro se amplía el tema de la religiosidad monacal al estudiar su relación con el sistema devocional urbano. Abre esta parte un breve capítulo en el que se da una visión general de los patronos de Puebla del siglo XVI al XVIII, señalando los años en que fueron escogidos por tales, su función en la ciudad como protectores de determinadas calamidades, y el lugar en el que se les veneraba. Este último elemento, que normalmente había sido en sus orígenes una pequeña ermita, se convirtió, con el transcurso del tiempo, en templo o santuario. De los trece patronos que fueron apareciendo durante los siglos virreinales, dos de ellos están relacionados con la fundación de conventos: el de Santa Rosa y el de la Concepción. El primero es un caso singular, pues lo que había empezado hacia 1683 como un simple beaterio, bajo el nombre de Santa Inés, se transformó, en el siglo XVIII, en monasterio bajo el nombre de Santa Rosa, llamado así en honor de la santa limeña, canonizada por el papa Clemente IX, tomada casi inmediatamente como patrona de Puebla y asumida por el criollismo mexicano como el símbolo religioso de su orgullo local. Aquí la relación entre la fundación del monasterio y una de las patronas de la ciudad aparece clara. En cambio, la fundación del monasterio de la Concepción (1593-1617) poca relación parece tener con los patronazgos. Ciertamente que la ciudad de Puebla, por medio de su Ayuntamiento, en 1603 juró defender la doctrina teológica que sustenta esta devoción, pero este juramento fue un acto general en todos los reinos de España sin que éste constituyera la formulación de un patronato. No es muy claro, por lo mismo, que ese juramento haya sido un factor en la expansión de la devoción a la Inmaculada en la ciudad o en los pueblos indígenas cercanos a Puebla. La Inmaculada Concepción fue parte del bagaje cultural y religioso de los franciscanos que evangelizaron esa región en el siglo XVI. De ahí nacen los nombres de pueblos y barrios cercanos a ellos, como el de la Concepción en Calpan, y otro del mismo nombre en Tlaxcala, ambos anteriores al juramento de la ciudad de Puebla.

Continuando con el sistema devocional urbano y sus relaciones con los monasterios, la obra nos introduce en lo que allí se llama “el santuario mariano,” ordinariamente relacionado con algún hecho maravilloso sobre el origen de la devoción a una imagen o ermita según las narraciones de cronistas del siglo XVIII. La historia de la devoción no es aquí lo importante, sino su ubicación y la función que desempeñó en la transformación y orientación urbana de Puebla. El tema de “hechos maravillosos” se sigue tratando en los capítulos subsiguientes, en los que se presentan los milagros realizados dentro de los monasterios, el paso del milagro conventual a la devoción popular y las visiones y revelaciones de las monjas, sección, esta última, que junto con la titulada “El imaginario conventual y la sensibilidad femenina,” merecen especial atención. En la de las visiones se expone un bien escogido ejemplo de narraciones sobre visiones maravillosas procedentes de notas personales de monjas, llamemos así a esos escritos, o de notas de sus confesores sobre los mismos hechos. El mismo material se usa en la sección sobre el “imaginario conventual” en el que, siguiendo la enseñanza de la doctrina cristiana de la época sobre los sentidos de la persona: ver, oír, gustar, oler y tocar, se van tomando textos de esos escritos para ilustrar la forma como las monjas imaginaban sus sentidos. El desarrollo de este tema es importante pues se parte de la premisa que estas prácticas definieron un patrón de comportamiento cristiano que se extiende fuera de los monasterios debido al modelo educativo que representaban las monjas. Valdría la pena saber si estas narraciones provienen de monasterios recoletos o descalzos, que poco contacto tenían con educandas, o de monasterios no reformados en los que había un buen número de mozas y criadas, pero quizá la más importante observación se refiere al género literario de estas narraciones todavía escasamente ventilado. La literatura espiritual del Barroco y la Ilustración, tan llena de autobiografías de monjas, no precisamente las más representativas, sino las más propensas a los “favores espirituales” está por estudiarse, aquí y en otros centros interesados en la investigación de los movimientos religiosos femeninos. Falta, además, un serio examen de las corrientes espirituales de la época, sobre todo el quietismo y jansenismo, y de su influencia en los directores espirituales de esas monjas o sobre las mismas monjas.

Uno de los grandes logros de este libro es habernos acercado de una manera tan bien documentada a las relaciones de la vida monacal poblana con el conjunto urbano. En este aspecto, que es el que le interesa a su autora, como lo indica el título de su libro, el estudio es penetrante y abre múltiples posibilidades para entender esa vida. Los aspectos menos claros son los referentes a la vida institucional de las monjas, no tanto por falta de sensibilidad histórica, me parece, sino por la escasez de recursos bibliográficos y documentales sobre corrientes teológicas, espirituales y jurídico-eclesiásticas, elementos indispensables en el estudio de la vida religiosa femenina. Es de esperarse que esa restante tarea anime a la doctora Rosalva Loreto a seguir trabajando en un tema de tan singular importancia en la historia social y religiosa de México, como lo es la vida monacal femenina.

Francisco MORALES